

La Intervención en lo Social. Una visión desde las Políticas Sociales

Por Alfredo Juan Manuel Carballeda

Presentación

El período de fin del siglo XX y principios del XXI puede ser comprendido como un contexto en el que aparecen diferentes fracturas en cuanto a un determinado orden previamente constituido. Como señalé en otros apuntes, se plantea una sensación de discontinuidad y perturbación ante la eventualidad de posibles cambios, no del todo previstos. Los mismos, asociados a un incremento de la complejidad de la vida cotidiana, implican una mayor sensación de incertidumbre e imprevisibilidad, ratificada a partir de la pérdida de referencias y orientaciones.

Desde la perspectiva del sujeto, ese contexto -caracterizado como de crisis- significa cierto nivel de conciencia o de percepción de que su existencia e identidad se encuentran amenazadas a partir de la eventual pérdida de espacios en los que se desenvolvía. La desintegración de las instituciones en las que el individuo se socializa, por ejemplo, agregó una mayor sensación de angustia e imprevisibilidad.

Esta nueva crisis puede también asociarse con la pérdida de las imágenes totalizadoras y de los relatos contenidos, sumados a un fuerte impacto en las formas de integración social.

Desde la perspectiva de las Políticas Sociales, es posible analizar esa crisis en la esfera de los Estados-Nación. Las políticas sociales son una de las expresiones del Estado e implican un espacio donde se desenvuelve la práctica del Trabajo Social. Veremos entonces cómo se correlacionan esos aspectos desde los impactos subjetivos y objetivos de la crisis del Estado-Nación, su influencia en la vida cotidiana y las perspectivas que se presentan para la intervención en lo social.

Algunos Interrogantes referidos a las Políticas Sociales y su impacto en la Intervención en lo Social

La construcción y aplicación de lo que se denominan políticas sociales tiene sus orígenes en el pensamiento de la Ilustración. La sociedad surgida del contrato social, en el que el vínculo social se instituye de forma artificial, requirió del mercado y del seguro social. El seguro social surgió como sustituto moderno de la solidaridad (Ronsanvallon, P.). A partir de esas nociones es desde donde comienzan a esbozarse algunas categorías actuales como la de "población de riesgo":

"Durante muchos siglos, una parte considerable de los responsables de la gestión de los riesgos de la disociación social, se cristalizó sobre dos grupos, representados por los mendigos y los vagabundos. Desde esa perspectiva, se desarrolló una serie extraordinariamente diferente de medidas, frecuentemente de inspiración represiva..."
(Castel, R. Pp.7/8)

Más adelante, y en el transcurso del siglo XX, con la conformación del Estado de Bienestar, la asistencia cumplió una función ideológica en la búsqueda de consenso, con la finalidad de garantizar la relación dominación - subalternidad.

Desde una aproximación mayor es posible visualizar que uno de los ejes que se mantiene a través del tiempo, vinculado con lo que desde el Estado de Bienestar se denomina Políticas Sociales, es trabajar -primero en la construcción y luego en la acción- sobre poblaciones homogéneas. Desde un punto de vista técnico, la construcción analítica de poblaciones homogéneas se relaciona con poblaciones objetivo, las que cumplen con un conjunto de reglas y reciben cierto nivel de prestaciones adaptadas. Estas políticas sociales son ejecutadas por

personal especializado, generalmente por trabajadores sociales. Uno de los inconvenientes de esa concepción en la actualidad pasa justamente por las características intrínsecas de esas "poblaciones", que en otras palabras dejaron de ser homogéneas. Apenas se percibieron estos cambios, apareció la noción de exclusión o se inventaron nuevas categorías analíticas como la de "necesidades básicas insatisfechas", "nuevos pobres", etc., en la búsqueda de una mayor aproximación o de un último esfuerzo por caracterizar u ordenar aquello que se estaba diluyendo. Esto implicó un cambio que va desde la noción de riesgo a la de exclusión. La utilización del concepto de exclusión implica una serie de inconvenientes. Por un lado los "excluidos" se definen por lo que "no tienen", en las diferentes categorizaciones, pero a la luz de los acontecimientos políticos, económicos y sociales de la Argentina, ese "no tener" implica una fuerte movilidad y de ninguna manera una ubicación estática dentro de un mapa social. En otras palabras, a las nuevas formas de la pobreza se agregaron una serie de factores dinámicos, relacionados con nuevas condiciones económico políticas que hacen que aquellas se vayan acrecentando a través del tiempo.

La exclusión destruye por desagregación. Anteriormente, y hasta la crisis del Estado de Bienestar, los diferentes estamentos sociales que servían para la elaboración de distintas categorías homogéneas (por ejemplo diferentes nociones de riesgo), se construyeron por agregación y en un contexto mucho más estático que dinámico.

Es posible aproximarse a estas cuestiones desde la interrogación acerca del sentido del Informe Social dentro del Trabajo Social. Éste se construye a partir de datos cuantitativos. Los mismos se relacionan con la idea de ubicar a un sujeto dentro de una determinada clasificación -de riesgo social- a la que se incorporarán o sumarán diferentes acciones específicas. Si la persona tiene escolaridad, ocupación, cobertura social, vivienda de determinadas características, etc. En la actualidad, esos datos no indican una situación "estática" de ese sujeto o de esa comunidad.

Los indicadores que forman parte de las encuestas sociales -y que fueron mencionados más arriba- se desagregan en forma continua y dicen muy poco acerca de la situación social real. El hecho de poseer un empleo o ser propietario de una vivienda pierde su significado clasificatorio. El empleo está cargado de incertidumbre, las características de la vivienda en general pueden remitir a momentos de la historia de vida de esa persona de mayor estabilidad económica; la escolaridad no es una variable fundamental para la ubicación dentro de la sociedad, etc.

P. Rosanvallon plantea que en Europa cuentan cada vez más con datos estadísticos vinculados con cuestiones sociales, pero a mayor desarrollo de las estadísticas, existe una mayor crecimiento de la incertidumbre acerca de lo que está pasando en el seno de la sociedad. En otras palabras, no es posible dar cuenta de los acontecimientos actuales desde lógicas solamente sentadas en los datos cuantitativos. Este hecho es visualizado en la práctica del Trabajo Social, donde la confección de la Historia Social o de la encuesta Social sirve para la obtención de recursos que cada vez están más restringidos y que pueden ser útiles solo para la puesta en marcha de acciones de Política Social focalizadas en lapsos cada vez más cortos y con una creciente desmejoría en la calidad de los recursos. En definitiva, las clasificaciones tienen dificultades, entre otras cosas, porque las diferencias no son estables. De esta forma, es posible encontrarse con la misma persona un tiempo después y probablemente la situación socioeconómica haya empeorado. La crisis de las Políticas Sociales y el producto de la aplicación sistemática de programas de ajuste impactan de esta forma también en la práctica del Trabajo Social, en este caso desde su propia modalidad de registro.

Las Políticas Sociales dentro de la esfera de Estado y la nueva Sociedad

En la Argentina, la emergencia del Estado Moderno se vincula fuertemente con la construcción de la Nación. La Nación necesita de un Estado para constituirse como tal y para que su existencia continúe teniendo sentido.

La actualidad nos muestra un significativo impacto de la crisis dentro de la propia esfera del Estado. A los efectos del análisis es posible dividir esa crisis en dos planos diferentes: uno de carácter cuantitativo y que se relaciona con los aspectos económicos y políticos de ésta. El otro,

de carácter cualitativo, se inserta dentro de una crisis de sentidos en cuanto a las propias estructuras del mismo. Ambas cuestiones impactan en forma significativa en las Políticas Sociales. Además, explican la emergencia del denominado tercer sector. Las Políticas Sociales, caracterizadas como residuales, marcaron también la aparición del denominado Trabajo Social Alternativo. Con respecto al tercer sector, las instituciones pertenecientes a éste son planteadas como posibles aseguradoras de la autonomía de la sociedad civil, sin dejar de lado las clásicas obligaciones del Estado.

Crisis del Estado desde una perspectiva económico – política

En el primer aspecto sobresale el aumento de los problemas intrínsecos y extrínsecos del mismo. Desde la perspectiva de las Políticas Sociales, la concepción del gasto social como "blando" implica un consecuente recorte, reducción y mantenimiento de mínimos mecanismos compensadores de problemáticas sociales; el vaciamiento presupuestario en la esfera del Estado, con su consecuente reducción de presupuestos, la disminución de los costos para su operación y hasta un impacto relevante en los insumos básicos necesarios para su funcionamiento. La política de descentralización de los servicios sin un aporte económico sustantivo, hacen difícil, por ejemplo, el desarrollo de políticas específicas de Salud o Educación. Desde una perspectiva más conceptual, los mecanismos de la acción social quedan supeditados a los diferentes planes económicos de ajuste, intentando adaptarse a los mismos.

Estas cuestiones, que se comparten en general con el resto de América Latina, llevan a una disminución de las Políticas Sociales y a una gran dificultad para administrarlas. Este proceso sostenido en el tiempo trajo aparejado, entre otras cuestiones, la emergencia del denominado "tercer sector". La modalidad de aplicación de las Políticas Sociales se convierte así en focalizada. Esta crisis del Estado reconoce factores externos. Los cambios políticos estructurales a nivel mundial muestran que los países industrializados aumentaron en las últimas décadas su concentración de capital, con el consecuente impacto en la concentración tecnológica, militar y política. Las nuevas formas de acumulación capitalista dependen en menor proporción, que en decenios anteriores, de sus materias primas. Por ejemplo Japón redujo en los últimos años su necesidad de materias primas. En un automóvil, que sería el producto símbolo de la industria del siglo XX, las materias primas representan aproximadamente el 30 ó 40% del valor total, mientras que en un componente electrónico, producto símbolo de esta nueva época, representa sólo el 1% (Gheenno, Jean M. p23).

El mundo del trabajo, a partir de una creciente automatización y robotización, encuentra sus variables de ajuste en las fuerzas productivas. A su vez, las últimas áreas de expansión en el espacio, tierra y nuevas fuentes de energía, quedan supeditadas al control estratégico, político y militar de los países del Norte. Todos estos cambios influyeron en forma significativa en la puesta en marcha de planes de ajuste de tono neoliberal. El resultado, en términos económicos, significa una transferencia equivalente a diez planes Marshall en una década, desde los países del Sur hacia los del Norte. Las cifras del incremento de la pobreza en América Latina son elocuentes al respecto. Pero la pobreza trae aparejadas nuevas modalidades que, en el caso de la Argentina, se corren rápidamente hacia una conformación de una cultura signada por la sobrevivencia, acontecimiento novedoso para la estructura de un país que tuvo las mayores tasas de empleo de América Latina durante años.

Todas estas cuestiones muestran un impacto en la esfera de la estructura del Estado - Nación. Históricamente, la aparición de los Estados – Nación se relaciona con la modernidad y la emergencia del Estado de Bienestar, se vincula con la crisis económico política del fin del siglo XIX. Así, el Estado se presentaba -luego de la crisis del 30'- como un ordenador, integrador de la sociedad en todo el mundo. La noción weberiana del Estado como territorio, que desde lo jurídico monopoliza el uso de la fuerza, también se encuentra atravesada por la crisis. Cabe preguntarse en la geografía de los países latinoamericanos o africanos, hasta dónde ese monopolio de la fuerza puede ser realmente ejercido. Teniendo en cuenta las características de determinados barrios y geografías, se podría afirmar que en todo el mundo esa definición queda solamente anclada en lo jurídico, pero se aleja fuertemente de lo real. En el caso del Tercer Mundo, la idea

de Nación no sólo está ligada a la modernidad, sino que connota como motor del proceso de descolonización. Luego de la 2° Guerra Mundial, en especial en África y Asia, la ecuación política indicaba: independencia = libertad. Tal vez el requerimiento actual de los países del Tercer Mundo se parezca más a la reivindicación nacional de los europeos del siglo XIX: se convierte en la demanda de la democracia (Gheeno J. M. p18)

Estado - Nación y crisis de sentidos

Desde una perspectiva más relacionada con lo cualitativo, la crisis de sentidos del Estado se inserta en las reglas de la denominada globalización y la transnacionalización de los asuntos mundiales. La concentración económica mencionada más arriba impone una nueva circulación del dinero y la aparición de un crecimiento relevante de las empresas transnacionales. Éstas debilitan la estructura de los Estados - Nación, planteando esencialmente una "lógica" relacionada con la eficacia, el rendimiento y la ecuación costo - beneficio, que incorporadas dentro de la esfera del Estado, le impiden cumplir con el mandato que la modernidad le había atribuido. El Estado se convierte en un escenario en el que diferentes grupos económicos pujan por el poder. Así, el Estado deja de ser el centro homogeneizador de la política, entrando en un proceso de crisis que puede caracterizarse por tres aspectos: crisis de soberanía, crisis de legitimidad y un fuerte proceso de desacreditación.

La crisis del Estado también puede pensarse en dos planos. Por un lado como la crisis de un subsistema que padece solicitudes contrapuestas y, por otro lado, desde una perspectiva de crisis intrínseca. La pregunta es: si el Estado pierde su capacidad de integración social, ¿quién se encargará de resolver esta cuestión? O, mejor, ¿quién llevará adelante las políticas sociales?

El optimismo neoliberal, vinculado al derrumbe del socialismo real y al desmembramiento de la URSS, planteaba que el mercado podía llevar adelante esos procesos. Hoy vemos que la sociedad se encuentra cada vez más fragmentada y desintegrada. Así, la crisis económica del sistema capitalista a nivel mundial es una forma de producción estructural de marginalidad y exclusión. Las sociedades posteriores a estos acontecimientos fueron denominadas por Gilles Delleuze como "Sociedades de Control", en las que el marketing signa casi todos los aspectos de la vida cotidiana:

"...Ya no es un capitalismo para la producción, sino para el producto, es decir, para la venta o para el mercado....Nos hemos enterado que las empresas tienen alma, esa es sin duda la noticia más terrorífica del mundo. El marketing, es el nuevo instrumento de control social y forma la nueva raza púdica de nuestros dueños. El control se ejerce a corto plazo y tiene una rotación rápida pero también es discontinuo e ilimitado..." (Delleuze, Gilles).

El análisis de Delleuze se apoya en la tesis que plantea la conformación de un nuevo orden mundial en el que la sociedad disciplinaria que describiera Foucault en Vigilar y Castigar se encuentra en la actualidad sobrepasada por una sociedad de control atravesada por el marketing. Un aporte en esta línea de pensamiento surge del texto "El crepúsculo del Deber", de Gilles Lipovetsky, quien denomina a las nuevas formas de la Acción Social como Beneficencia Mediática, a la que ubica en su origen en los EEUU, extendiéndose a todo el mundo en los últimos años:

"...Fiat financia la restauración del Palacio Grassi en Venecia, American Express aporta su apoyo a la refacción de la Estatua de Libertad, Procter & Gamble se asocia con la UNICEF, a la calidad total de los productos se añade ahora la excelencia social de la empresa mecenas..." (Lipovetsky, Gilles pp.263/264).

En la misma línea se pueden ubicar las campañas para la prevención del SIDA realizadas por Benetton o las colectas de ayuda social llevadas adelante por diferentes ONGs o medios de comunicación. Esta irrupción de la lógica de la empresa tiene un fuerte impacto mediático e influye obviamente en las ventas. Todos estos acontecimientos se presentan como novedosos, en cuanto las acciones de este tipo eran clásicamente desarrollados desde la esfera del Estado. Los resultados de estas estrategias de empresa se miden en la lógica del costo - beneficio y a partir del incremento -o no- de las ventas.

También pueden incorporarse otros elementos de análisis en cuanto a la crisis cualitativa del Estado, si la mirada se aproxima a los aspectos institucionales. El avance de la lógica del mercado implica una serie de escollos para que el Estado lleve adelante sus intervenciones típicas. En la Educación, la crisis de la modernidad implica también una crisis de sentidos. La promesa iluminista de que el saber enciclopédico otorga la libertad y las posibilidades de ascenso social, hoy no se cumple. Las escuelas primarias y secundarias, e incluso la Universidad, viven en forma patética estas cuestiones.

En el caso de la Salud, la construcción simbólica del Hospital o de las prácticas que se ejercen en éste, hacen que los actores sociales que utilizan esos servicios no los consideren tan confiables como en décadas atrás. El desarrollo de la tecnología médica vinculada con el lucro y la presión de la industria del medicamento, fueron sesgando la accesibilidad de los sectores más desprotegidos de la población. Grandes porcentajes de la población más castigada por la crisis, directamente ya no llega al sistema de salud, en el que se encuentra con una serie de inconvenientes para la accesibilidad, que van desde el costo del pasaje para llegar al hospital, el arancelamiento encubierto o directo y la realidad de no poder cumplir, en términos objetivos, con las indicaciones que se prescriben desde el Hospital. En el caso del sector Salud, esto se visualiza con claridad en la modalidad de consulta de quienes provienen de esos sectores. Se consulta cuando "ya no se da más", cuando la sensación mórbida de lo que ocurre en el cuerpo dejó de ser un síntoma, cuando lo que está ocurriendo en el proceso salud – enfermedad de ese sujeto le impide llevar adelante su vida cotidiana en términos de sobrevivencia. En el caso de la Justicia, los Tribunales de Menores, por ejemplo, no dan abasto en relación a, la cantidad de expedientes judiciales que tramitan, mientras que la intervención del Trabajo Social desde la perspectiva clásica de la administración de recursos, en la actualidad se encuentra fuertemente condicionada.

La intervención desde el ámbito de la Justicia se transforma en muchos casos en una penalización de la pobreza, que culmina más en la complicación que en la resolución de aquello que se presenta como problema. Además, la visión de la Justicia que se tiene en la sociedad está fuertemente atravesada por el discurso mediático. Una cámara de Televisión funciona hoy casi como un Tribunal, mientras que el estrado judicial está plagado de sospechas. Es posible que en poco tiempo la sofisticación de la computación implique una exclusión informatizada a la que accedan a la ciudadanía sólo aquellos que figuran en los registros laborales o de consumo. No se trataría ahora de que desde el Estado se ejecuten acciones del denominado "control social".

La cultura del marketing va más allá. El control se transforma en autocontrol. No se trataría ahora de disciplinar al "otro" sino de tratar que quienes quedaron afuera no invadan la sociedad. Una sociedad que se asemeja cada vez más a una ciudad medieval, amurallada a través de dispositivos electrónicos y una policía especializada (privada) cuya función es no permitir el acceso de aquellos que quedaron afuera del modelo:

"...Foucault, situó a las sociedades disciplinarias en los siglos XVII y XIX, con su apogeo a principios del siglo XX. Dichas sociedades, procedieron a la organización de los grandes espacios de encierro. El individuo pasa sin cesar de un espacio cerrado a otro, cada uno con sus leyes; primero la familia, después la escuela, mas tarde el cuartel, luego la fábrica, de vez en cuando el hospital y eventualmente la cárcel, que es el espacio cerrado por excelencia..." (Delleuze, Gilles).

En la actualidad, esos espacios de encierro se encuentran en crisis, al igual que las prácticas que se ejercen dentro de ellos. Generadas en la lógica de la modernidad y con una fuerte lógica disciplinar, también comienzan a carecer de sentido:

"...Las sociedades de control están sustituyendo a las sociedades disciplinarias "control" es el nuevo nombre que propone Burroughs para designar al nuevo monstruo, y que Foucault señalaba como nuestro futuro próximo..." (Delleuze, Gilles).

La crisis de los espacios de encierro no implica una reforma en la que el consenso o el respeto por las diferencias los han sustituido. Este cambio implica nuevas formas de coerción, que se expresan en la vida cotidiana. Las nuevas modalidades de control, caracterizadas como suaves (light) y fuertes (hard) por la criminología crítica, se aplican a poblaciones diferenciadas. El

sistema de la "probation" y su aplicación en la Argentina, muestra cierta diferenciación de clases sociales para quienes se les aplica esa medida. La necesidad de pertenecer, de consumir, plantea una nueva relación con los objetos. Este nuevo fetichismo explica, en parte, los fuertes procesos de fragmentación que sufre nuestra sociedad.

El "otro", hasta hace poco compañero de trabajo o vecino, se ha tornado incierto y se presenta a veces como una amenaza. La relación con los objetos se nos propone como más estable, aunque efímera, coincidiendo en cierta forma con las características hedonistas de la denominada sociedad "new age".

Crisis y vida cotidiana

En el caso de la sociedad argentina, una serie de acontecimientos marcan fuertemente las relaciones sociales. El terrorismo de Estado puesto en marcha por la última dictadura militar, que se expresa en 30.000 desaparecidos, muestra la impronta de un acontecimiento que nunca había ocurrido en esa escala, pero que ocurrió. Esto implica que, si sucedió, podría volver a suceder.

El terrorismo de Estado se encuentra todavía presente en la subjetividad de la población. Se expresa en la vida cotidiana y explica de alguna manera parte de la situación de "despolitización" de la sociedad. Luego del terrorismo de Estado, la explosión de la economía, los nuevos elementos que aparecen en los últimos años, se relacionan con el desmantelamiento de la estructura del Estado y la incertidumbre con respecto a la inserción en el mundo del trabajo.

Argentina, con una fuerte tradición estatista iniciada en los primeros gobiernos de Perón, marca la singularidad de que el Estado no fue sólo un instrumento de la Política o un espacio de homogeneización. El Estado en la Argentina, a partir de sus intervenciones, de la acción de las empresas estatales, etc., fue un fuerte constructor de identidad. Ser trabajador de YPF, por ejemplo, no implicaba sólo la ubicación en un puesto de trabajo, sino que también significaba una fuerte construcción de sentidos en cuanto a la tarea. Estas cuestiones son fácilmente visualizables en los barrios que se construían cercanos a las empresas del Estado. La vida cotidiana se encontraba articulada con la empresa, los barrios se organizaban en tramas, en las que la pertenencia y la construcción de la identidad eran fuertemente ligadas a ese modelo. El barrio, la proverbia, el club, la sociedad de fomento, se construían desde una identidad que otorgaba otros sentidos -desde lo simbólico- al mundo del trabajo.

Por otra parte, la incertidumbre con respecto al trabajo implica también nuevas formas de problematización de la sociedad. El significado de la palabra "trabajo" en la actualidad no es el mismo que décadas atrás. Si el trabajo era sinónimo de estabilidad, pertenencia, socialización y hasta progreso, hoy es sinónimo de incertidumbre. El "sentido aleccionador del desempleo" hace que las demandas colectivas se transformen en individuales, no como forma de litigio sino a través de la productividad o el presentismo y, menos aún, como estrategia de lograr una mejor distribución del ingreso.

Tiempo, espacio, familia, escuela, universidad, organización popular, también se encuentran atravesados por estas nuevas cuestiones. El tiempo del día no se ordena a partir de las ocho horas de trabajo y otras tantas para el esparcimiento y el descanso. La noción de tiempo que traen las nuevas formas de producción, alteraron ese orden haciendo mella en la vida cotidiana y otorgando a la misma un sentido de sobrevivencia. El espacio, desde una perspectiva barrial, ya no es algo que se expande, crece y mejora a través del tiempo. Los espacios barriales se restringen, intentan reducirse y reproducen la imagen de la ciudad, están signados por el autocuidado y la no invasión de quienes están más abajo en la estructura social. En la esfera de la familia, los procesos de matrifocalización, y la feminización del empleo, hacen que los roles asignados por la cultura a los integrantes de la familia también se encuentren en crisis.

Todas estas cuestiones pueden ser leídas como fuertes impactos en la subjetividad y en la construcción de la identidad. Ésta se encuentra complicada a partir de la presencia de los nuevos discursos mediáticos y de los acontecimientos mencionados.

Es frecuente observar en los denominados barrios obreros, en los que hasta no hace mucho tiempo la cohesión pasaba por una misma pertenencia a un lugar de trabajo o a un gremio, que a partir del desempleo y la nueva cuestión social, el vecino que antes compartía con el otro ese lugar, compita ahora en una puja por la sobrevivencia.

Las formas actuales de las Políticas Sociales y las relaciones clientelares

El proceso de empobrecimiento vivido por la sociedad argentina de los últimos años, se presenta como novedoso. Lo mismo ocurre con la situación del desempleo.

Estas circunstancias, sumadas a la crisis del Estado y a la crisis de representatividad del espectro político, trajeron como consecuencia la reaparición del clientelismo político como práctica sistemática relacionada a los dispositivos de la Acción Social.

Las Políticas Sociales Focalizadas, que se enuncian desde la "la lucha contra la exclusión", se transforman muchas veces en formas de clientelismo político. Desde una perspectiva weberiana (Peón, César p.99), el clintelismo político se presenta como una forma particular de dominación. Pero las relaciones clientelares implican un universo a comprender, en especial desde la práctica del Trabajo Social. Desde esa perspectiva, es importante generar instrumentos de análisis de las mismas, en especial en función del impacto de éstas en el tejido social y en las formas organizativas a nivel barrial.

Las relaciones clintelares se caracterizan por la desigualdad, la reciprocidad y la construcción de "amistad", pragmáticamente constituidas. Es decir, una especie de reconocimiento de las partes que ocultan el sentido instrumental. La relaciones clientelares también se dan en un esquema de relación directa y en la mayoría de los casos personalizada. Una de las características más sobresalientes en este proceso se ubica en la reciprocidad táctica de las mismas, ratificando lo informal de la relación en términos de sistemas de códigos de sanciones, fuera del juego jurídico formal de la esfera del Estado. Desde esta perspectiva, las relaciones clientelares son constructoras de nuevas formas "artificiales" de la identidad del grupo o barrio. De ahí que, frecuentemente desde la intervención en lo social, se presenten estas cuestiones con cierta dificultad para la comprensión y explicación de lo que está ocurriendo en el barrio, donde por ejemplo se ejerce la práctica. Reconocer la existencia de estas cuestiones no implica, por supuesto, aceptar de hecho la situación o favorecerla, pero sí la necesidad de un esquema de análisis para acceder a los marcos explicativos – comprensivos de la trama barrial, desde una perspectiva de estudio de la dinámica cultural de la comunidad.

El desafío para la práctica del Trabajo Social pasa justamente por decodificar esas cuestiones, para poder intervenir sobre ellas, deconstruyendo la elaboración de significados, alejándose del relativismo cultural. También el clientelismo político se presenta como dispositivo de una "maquinaria política", donde se organizan los votantes, se establecen las formas personalizadas de la asistencia, se ofrece ayuda a grupos y se otorga protección (Peón, César. p.100). En esta esfera sobresale la cuestión de lo informal. Desde la crisis de las Políticas Sociales y la falta de credibilidad en las acciones clásicas del Estado, la informalidad aparece como uno de los elementos más sobresalientes y novedosos de este accionar, también como algo que se opone o elude la puesta en marcha de dispositivos burocrático – institucionales que, en general, son vistos como complejos, difíciles y con una fuerte dosis de incertidumbre, tanto en la posibilidad de obtener el recurso como en la calidad del mismo.

Otra cuestión clave en el análisis de las relaciones clientelares se vincula con el perfil de los referentes barriales que a veces llevan adelante esas prácticas. Éstos son caracterizados desde una idea de vinculación pragmática con el poder, con los mecanismos burocráticos de éste, se insertan dentro de una lógica de utilidad y poseen un posicionamiento diferente con respecto al resto de la comunidad. Nuevamente sobresale la cuestión de la reciprocidad, que es móvil, tiene un alto carácter simbólico e implica la aceptación implícita de un código. De ahí la necesidad de acceder desde distintos planos analíticos al carácter simbólico, imaginario y real de las mismas.

Las relaciones clientelares son producto de determinada coyuntura económica, política y social,

pero desde la perspectiva de las Políticas Sociales también se puede afirmar que se construyen en gran parte como consecuencia de la focalización y de las restricciones presupuestarias. De ahí que, tal vez, no haya sólo que interrogarse acerca del impacto material de éstas sino también del impacto simbólico. En otras palabras, preguntarse cómo están actuando las políticas sociales focalizadas en el tejido social, cómo influyen en la construcción de la identidad del grupo y cuál es el carácter coyuntural de las mismas. Este último punto se relaciona nuevamente con el perfil de los referentes barriales. Si en épocas anteriores el perfil de referente barrial se relacionaba con alguien que respondía globalmente a las expectativas de la comunidad y que trataba de ir logrando objetivos a partir de colectivamente litigar con el poder establecido, la situación actual muestra, en general, un perfil totalmente diferenciado que se relaciona con el pragmatismo y la relación personal y no colectiva con las estructuras de poder. La elección de los referentes barriales está hoy atravesada por esas cuestiones y signada por la cultura de la sobrevivencia. Al igual que en el resto de la sociedad, la fragmentación también se expresa en los barrios y las demandas, muy lejos de ser de tipo global, se caracterizan por tener componentes puntuales que intentan resolver lo inmediato. Las mismas circunstancias se relacionan con la organización a nivel comunitario y con la crisis de las Políticas Sociales.

Crisis de las Políticas Sociales y organización barrial

Históricamente, el asociacionismo barrial en la Argentina, en especial en el Gran Buenos Aires, reconoce antecedentes en las primeras formas organizativas de poblaciones que por razones económicas fueron expulsadas hacia la periferia de la ciudad, ubicándose en terrenos con poca o ninguna infraestructura y generalmente con una mala calidad en la ubicación (terrenos bajos, inundables, con parcelas pequeñas). Los mismos se adquirían a través de sistemas de loteos y en general eran vendidos en cuotas. Obtenido el terreno, la familia se ubicaba en el mismo y paulatinamente iba construyendo la vivienda. La finalización de la misma dependía de avatares económicos globales y, en la mayoría de los casos, la construcción de la vivienda llevaba todo el ciclo de vida de la familia que había comenzado la construcción. De ahí que la carga simbólica de la vivienda haya sido muy significativa. Ésta se iba adaptando a los cambios en la estructura familiar, nuevas construcciones a partir del nacimiento de los hijos, lugar de recepción de familiares que migraban desde distintos puntos del país, etc. Y también como una única vía posible de ahorro y de transmisión material hacia la descendencia.

La aparición de los primeros barrios a principios del siglo XX podía ocurrir a partir de ubicarse cercanos medianamente a una fuente de trabajo. De esta forma, muchos barrios tuvieron una composición social y cultural heterogénea, en especial con respecto a la procedencia migratoria de sus integrantes. Los inmigrantes de ascendencia europea traían en sus pautas, la conformación de entidades mutualistas. Así se constituyeron las sociedades de socorros mutuos, española, italiana, judía, árabe, etc. Pero en los barrios, la población era muchas veces heterogénea, de ahí que surgiera una nueva forma de asociacionismo relacionado con mejorar las características e infraestructura de los mismos. La influencia del pensamiento socialista y anarquista hizo que muchas asociaciones se conformaran a través de bibliotecas o locales políticos.

Las nuevas formas de asociación barrial recibían la denominación de Sociedad de Fomento. Allí, reproduciendo formas de organización modernas, se conformaban comisiones directivas elegidas por el voto, que representaban al barrio y colectivamente litigaban frente a los gobiernos, especialmente el municipal. De esta forma se fue construyendo el asociacionismo barrial en la Provincia de Buenos Aires y en gran parte de la Argentina. Las gestiones de las sociedades de fomento se relacionaban con infraestructura (caminos, delimitación de calles, apertura de escuelas, dispensarios de salud, etc.), de ahí que en términos de construcción de la identidad, un Centro de Salud -que fue producto de la organización barrial- tenga en líneas generales mayor inserción e identidad que una Unidad Sanitaria que llega al lugar a partir de programas elaborados desde el nivel central de la administración sanitaria. Esa forma de asociación se fue corriendo hacia la periferia, en la medida en que se producían más movimientos de población y se incrementaban las posibilidades de trabajo fuera de la ciudad o se mejoraban las comunicaciones para llegar a ésta.

El recorte de las Políticas Sociales repercutió en los presupuestos de los municipios. La "sociedad de fomento" -como modalidad organizativa- fue perdiendo sentido. En otras palabras, se alejaba cada vez más del mandato para el cual había sido constituida, ya que año tras año la posibilidad de continuar o iniciar con el proceso de obtención de recursos ubicándose en una situación de mediación con el Estado, se restringió por razones presupuestarias o políticas. Así, estas formas organizativas, más relacionadas con la modernidad, fueron perdiendo legitimidad. Los cambios sociales propiciaron un asociacionismo barrial más pragmático, preocupado por problemas puntuales, pero paulatinamente alejado de las ideas de "sociedad de fomento" o "unión vecinal".

Otro acontecimiento de cambio social fue el de las tomas de tierras organizadas, emergiendo la imagen del asentamiento, que en sus formas organizativas se alejaba de las modalidades "modernas", circunscribiéndose muchas veces a la actividad de "comisiones" que tenían el mandato de resolver cuestiones concretas, pero que se disolvían luego de la resolución del problema en cuestión. Las formas organizativas actuales se asemejan a éstas. Si bien siguen existiendo las anteriores, se reproducen las "comisiones": "pro-asfalto"; pro-guardería; pro-centro de salud, etc. De ahí que también cambie el perfil de los referentes barriales y aparezcan organizaciones más informales que también pueden ser explicadas desde la fragmentación social. Existe una relación interesante entre la aparición de las Políticas Sociales Focalizadas y Residuales y estos acontecimientos, mostrando nuevas formas de organización que aún no han sido del todo estudiadas o comprendidas.

Crisis de las Políticas Sociales y Trabajo Social

La intervención del Trabajo Social dentro de las Políticas Sociales en un contexto de crisis se torna complicada y dificultosa si el horizonte de la misma intenta sólo cumplir con el mandato fundacional de la disciplina: ligado a una tradición Durkheimiana, con su posterior actualización Parsoniana, se relaciona con la administración de recursos para compensar diferencias sociales y así prevenir situaciones de anomia.

Las Políticas Sociales muestran una serie de inconvenientes que van alejando de su administración al Trabajo Social y a otras profesiones. Más allá de esas cuestiones, las circunstancias que rodean a lo social hacen necesario incorporar otros "puntos de apoyo" y otras miradas alrededor de la intervención. La aproximación al universo de lo simbólico, a partir de la construcción social y subjetiva de éste, podría ser una vía de resolución. El Trabajo Social necesita hoy profundizar el conocimiento de la realidad desde diferentes puntos de vista, tal vez centrando su mirada y su escucha en las circunstancias de lo micro que rodean a ese sujeto que concurre a un servicio social.

Desde esta perspectiva, el Trabajo Social se presenta como un dispositivo que va a interactuar en diferentes órdenes, planteando que hay cuestiones sociales que se ubican mas allá de lo que la institución o la Política Social plantean como relevante. Es decir, poniendo en escena lo que trasciende a la ley en una institución judicial, o a los síntomas y signos de la gnosografía psiquiátrica en un Hospital, o en las relaciones clientelares que se dan en una comunidad. Además, los procesos de empobrecimiento y el impacto de la crisis muestran en gran parte de la población que recurre a los Servicios Sociales un cambio significativo en las características que antes poseían.

Se trata de comprender y explicar lo social de cada situación, estudiarlo, analizarlo, centrando la intervención en la perspectiva del otro, lo que permitiría recodificar, redimensionar el discurso hegemónico que cada sujeto porta al momento de la consulta, para exponerlo y reconstruirlo junto con otros. De ahí la necesaria mirada hacia lo "informal", hacia lo simbólico, lo subjetivo. La cuestión social muestra una situación de desafío para las prácticas, sean éstas pedagógicas, psicológicas o médicas. La impronta de las nuevas formas de lo social se presentan como una serie de interrogantes a dilucidar. La crisis tiende a fragmentar, pero también muestra que las fracturas que se producen son lugares en los que resulta posible construir los espacios necesarios para la transformación. De ahí que crisis implique también posibilidad.